

## ***Miguel Ángel Bengochea: testigo de la fractura***

**(muestra en Galería Sandiego/1978)**

Cuando, en las primeras décadas del siglo, el racionalismo que venía acompañando a la revolución técnica empieza a fundamentar las posibilidades de una segunda naturaleza, hechura del hombre y, por lo tanto, manejable y amiga, todo era esperanza y optimismo, embarcarse en la empresa que significaba el futuro, adelantarse al tiempo.

Las vanguardias artísticas que luchaban por dar una nueva imagen de la naturaleza y el hombre, no podían sustraerse a este proceso que abarcaba todos los órdenes de la vida, y muchas de ellas se pusieron al servicio de esta cosmovisión, generando un lenguaje que daba cuenta cabalmente de este nuevo paisaje humano.

El futurismo, haciendo punta, incorpora a la máquina como imagen visual digna de ser el sujeto de sus obras; luego se suman otras corrientes que de una u otra manera celebran el advenimiento de esta segunda naturaleza, que constituirá la nueva vida, empeñándose en elaborar eufóricamente, los cada vez más abundantes materiales inorgánicos que serán los cimientos básicos de este mundo: cemento, hierro, vidrios, plásticos, etcétera...

El arte de Miguel Ángel Bengochea ha estado desde sus comienzos signado, en lo formal, por estas corrientes que celebraron lo inorgánico. Primero fue una imagen inscrita en un espacio imaginario, que eran evidentes metáforas de materiales absurdizados, que de ningún modo denotaban lo real, más bien eran fragmentos de lo real generando un nuevo espacio.

Ahora, si bien lo imaginario sigue estando presente, hay una evidente búsqueda de lo real o, mejor dicho: lo denotado inequívocamente es lo real. Es indudable que Bengochea ahora alcanza la mayor claridad en su búsqueda; todo ese deambular elaborando la imagen de caños, mecanismos, fragmentos de objetos industriales era una preparación que culmina en esta nueva imagen donde ¿se celebra o se enjuicia el mundo inorgánico?

No cabe duda de que desde aquellos tiempos de la celebración transcurrió medio siglo; y aquella euforia por el nuevo mundo hoy es insostenible, se ha fracturado.

En todas partes el arte intuye la nostalgia del hombre de hoy por la naturaleza; el mundo inorgánico tampoco era una solución, por el contrario, aquello ha traído al mundo gravísimas consecuencias, por un lado en lo psicológico y por otro problemas de orden ecológico: contaminación de aguas y ciudades, devastación del orden natural.

La pintura de Bengochea narra el momento de la fractura, nos da una visión de ese mundo industrial, como si fuera una acechanza por momentos demoníaca.

Paisajes vibrantes, tratados con masas de color en contraste donde no se sabe si esas grandes construcciones eliminarán a la naturaleza o si la naturaleza les impondrá su régimen. Todo el espacio barrocamemente ocupado por las altas torres de la industria, tal como es percible, por ejemplo, en el cordón industrial de Buenos Aires o de cualquier otra ciudad de nuestra América. Pero también el verde vegetal invade todos los intersticios como trezándose en lucha con esa segunda naturaleza que quiere avanzar; y por entre las enormes bocanadas de humo que oscurecen la luz, a veces asoman los enormes edificios que más que viviendas, parecieran refugios para la gente.

La fractura ya se dio y la lucha está en marcha; cómo terminará esta historia no lo sabemos: Bengochea es un testigo lúcido, y su arte es un frontal testimonio que señala.

**Raúl Santana**